

# Índice

11-21	Prólogo
23-26	Agradecimientos
27-36	Introducción
37-40	Puerto Rico en el Caribe soviético: una mirada preliminar a su contexto histórico, 1919-1943
51-74	Bolcheviquismo tropical: Rusia y la Tercera Internacional en los imaginarios revolucionarios puertorriqueños, 1919-1943
75-107	¡Embarcados! James Sager, la Liga Antiimperialista de las Américas y el Partido Nacionalista de Puerto Rico, 1925-1927
109-136	El camarada español: Ángel del Río, célebre catedrático cervantista, y los albores del comunismo internacional en Puerto Rico, 1926-1927
137-158	Tras la huella de Jaime Nevares: revelaciones de un ignoto archivo sobre el misterioso fundador del Partido Comunista de Colombia, 1925-1979
159-178	Un Caribe soviético: la Comintern, la comunidad de inmigrantes en Nueva York y la construcción de los imaginarios de modernidad en el Caribe, 1931-1936
179-198	De un pájaro las tres alas: el Buró del Caribe de la Comintern, Cuba y el radicalismo comunista en Puerto Rico, 1931-1936
199-216	«Un partido cuasi-comunista»: Puerto Rico en la prensa comunista y la apropiación estalinista del radicalismo local, 1933-1934

217-242	Una «brigada volante»: análisis cuantitativo del personal afiliado a las agencias de la Comintern en América Latina y el Caribe, 1919-1943
243-252	Epílogo
253-280	Bibliografía
281-286	Anejo

## Prólogo

### Hacia un Caribe Rojo. El mundo cominternista y la historiografía de la región

El presente volumen *Un Caribe soviético: el comunismo internacional en Puerto Rico y el Caribe, 1919-1943* abarca una variedad de escritos destinados a analizar diferentes ángulos y pormenores de los grupos de izquierda nacional en la cuenca del Caribe, algunos aspectos de la formación de los enlaces cominternistas transnacionales y de la interacción entre agrupaciones de izquierda caribeñas y la sede principal de la revolución mundial en Moscú. A pesar de su particular enfoque en Puerto Rico, la obra, no obstante, incluye una amplia gama de discusiones acerca de los casos nacionales de la izquierda caribeña. Desde hace un tiempo, la Dra. Pujals investiga los temas relacionados con este fenómeno internacionalista para Puerto Rico y la región caribeña, por lo que forma parte de la red de académicos de varios países que recuperan la valiosa historia del mundo cominternista en América Latina en general y en el Caribe en particular.

La historia de la Tercera Internacional (la Internacional Comunista o Comintern) y sus contactos con sus secciones nacionales sigue siendo una de las lagunas de la historiografía mundial. No obstante, existe un número de obras de gran significado sobre el tema. Resulta, pues, importante dar un vistazo a los ejemplos históricos que representan el impacto de ambos eventos a nivel global, particularmente su legado y presencia en América Latina y el Caribe. En lo que se refiere al comunismo latinoamericano, esta historia nació, en efecto, simultáneamente con la Comintern. El encuentro aparece como consecuencia de una voluntad innata tanto de los bolcheviques rusos

como de sus correligionarios latinoamericanos. No obstante, surge también de los adversarios ideológicos de estas nuevas fuerzas, quienes deseaban expresar sus opiniones y valoraciones sobre el movimiento recién fundado y la cantidad creciente de partidarios de la Internacional Comunista en el entorno local. No cabe duda de que, en sus orígenes, eran aquellos que estaban involucrados directamente en el movimiento quienes se encargarían del análisis histórico de dicho fenómeno. Por lo tanto, los primeros libros sobre la historia del comunismo hispanoamericano —como *Pugnas de la gleba*, del mexicano Rosendo Salazar, y *Relatorio de delegacia a Rusia*, escrito por el brasileño A. B. Canellas—, siguen siendo hoy día un recurso importante y valioso para los investigadores, y un significativo fundamento confiable y bien documentado para los estudios del tema.

Las primeras tentativas de un análisis sistemático de la historia del comunismo latinoamericano desde el punto de vista marxista se emprendieron dentro de las mismas estructuras de la Comintern al final de la década de los veinte y el inicio de la década siguiente. Sin embargo, a pesar de todos sus méritos, ya los primeros estudios realizados por Stanislav Pestkovsky (alias A. Volsky y S. Ortega), Georgui Skálov (Sinani), Genrich Yakobson (G. Yan), Avgust Gural'sky, Maurice Jaskin y Vladimir Miroshevsky sufrían de una grave deficiencia. La subjetividad ideológica que los caracterizaba, posteriormente se convertiría en el talón de Aquiles de la historiografía marxista de la Tercera Internacional.

Al examinar el desarrollo social, económico y político de América Latina y analizar los orígenes del comunismo latinoamericano, los historiadores marxistas evitaban cautelosamente la pregunta principal: ¿cómo y a qué grado había intervenido la Comintern en la formación de los partidos comunistas en el hemisferio occidental? La cuestión era, hasta cierto punto, una paradoja, tomando en cuenta que sabían muy bien la respuesta. Todos aquellos autores trabajaban en el Secretariado Latinoamericano del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC) y eran ellos mismos quienes coordinaban las actividades de los comunistas en el continente para el «Estado mayor de la revolución mundial», desde la sede central de la Comintern en Moscú. Las razones para esta actitud se debían, sobre todo, al interés en la URSS hacia el comunismo latinoamericano, lo cual coincidió con el inicio de una nueva etapa (la estalinista) de la actividad de la Comintern. Muchos de los hechos que habían sido discutidos ampliamente antes —incluso en los medios comunistas internacionales tales como las revistas *La Internacional Comunista*, *Inprekor*, *La Internacional Sindical Roja*, y especialmente en *La Correspondencia*

*Sudamericana*— en la década de los 1920, resultaron proscritos a partir de aquel momento.

Al culminar el proceso de estalinización dentro de la Comintern hacia la segunda mitad de la década de 1930, los investigadores marxistas se sentían cada vez más limitados en el análisis de la lucha contra el oportunismo y el revisionismo dentro del comunismo internacional. Los asuntos organizativos de los partidos comunistas quedaban fuera del marco de aquellos estudios. De tal modo, el enfoque principal se omitía, ya que resultaba imposible analizar y discutir la historia del comunismo internacional —también a nivel regional y periférico— sin tomar en cuenta la investigación del funcionamiento interno de su estructura organizativa. Al mismo tiempo, este era y es el *sine qua non* del estudio del mecanismo de interacción entre los cuerpos supremos de la Internacional Comunista y sus secciones nacionales. Y, como era de esperarse, este aspecto de la actividad de la Tercera Internacional fue inmediatamente seleccionado como la orientación central del análisis por aquellos historiadores que se consideraban parte de la otra historiografía, digamos, la antiestalinista.

El punto más vulnerable de estos trabajos, era, sin embargo, la carencia de pruebas empíricas de aquellos procesos de penetración. Como el decano de esta corriente historiográfica Robert J. Alexander había escrito a manera de autocrítica, esto significaba que los historiadores estaban obligados a basar sus investigaciones sobre especulaciones y conjeturas<sup>1</sup>.

Las relaciones entre la Comintern y el movimiento comunista en América Latina y el Caribe han sido objeto de muchos estudios en los que una de sus ideas básicas era el análisis de los modos de penetración del comunismo —tanto en teoría como en actividad cotidiana de los comunistas latinoamericanos desde Moscú y a través de los esfuerzos de los representantes de la Internacional Comunista— en el transcurso de varias décadas (Alexander 1957; Caballero 1987; Goldenberg 1971). No obstante, son escasos los trabajos que descansan sobre una sólida base documental. Tales obras eran válidas en muchos de sus aspectos, y se apoyaban extensamente en las memorias y entrevistas de antiguos participantes. Sin embargo, la carencia de pruebas documentales daba a la corriente marxista la razón para tildar a sus oponentes

<sup>1</sup> Durante largo tiempo muchos historiadores se referían a las memorias de Eudocio Ravines, *El camino de Yennan* (no necesariamente confiables en su totalidad) convirtiéndolas en una fuente prácticamente exclusiva para bosquejar los mecanismos del funcionamiento de los cuerpos supremos de la Internacional Comunista en Moscú y del Secretariado Sudamericano del CEIC en Buenos Aires y Montevideo.

«anticomunistas» y «renegados» de fundamentar sus investigaciones en una obsesión poco científica de querer comprobar ansiosamente la falta de raíces del comunismo en el hemisferio occidental y el hecho de que había sido introducido por fuerzas externas<sup>2</sup>. Por otro lado, cabe señalar, dicho sea de paso, que incluso los mejores estudios realizados por los marxistas tampoco estaban apoyados en la sólida documentación cotidiana de los partidos comunistas latinoamericanos ni de la Internacional Comunista. Este hecho no es de extrañar, puesto que los archivos de la Tercera Internacional permanecieron largo tiempo cerrados incluso para muchos investigadores comunistas. Solo el derrumbe del sistema estatal-partidista soviético en 1991 permitió entreabrir el «telón de acero» de los archivos. Queda claro, además, que el estudio del movimiento de izquierda no puede basarse únicamente en documentos oficiales, en los que rara vez se ven reflejadas las contradicciones y controversias en torno a diversas cuestiones de la agenda de la Tercera Internacional. Sobre esa base resultaba difícil comprender el mecanismo de toma de decisiones que funcionaba en el marco de un partido comunista mundial.

Una de las características sobresalientes de la Tercera Internacional era la manifiesta combinación de actividades públicas y soterradas durante toda la existencia de esta organización. Resulta, por lo tanto, imposible investigar la historia de cualquier fuerza nacional de izquierda sin situarla en el contexto de la historia de la Comintern y la práctica del trabajo diario de sus dirigentes y su aparato. El partido comunista mundial era un actor internacional único, cuyas unidades locales y centrales debían funcionar y existir como un organismo solo. Todas las secciones nacionales de la Tercera Internacional (y esto se refería muy particularmente a los partidos comunistas latinoamericanos por el mero hecho de su debilidad) experimentaban una fuerte influencia de parte de Moscú, de la cual encontramos escaso reflejo en los archivos de los partidos locales que se han conservado.

Hay que tener en cuenta, además, que las izquierdas latinoamericanas, hostigadas por la represión gubernamental y a menudo arrinconadas en la clandestinidad, no podían guardar todo el conjunto de documentos de sus partidos, la mayoría de los cuales fueron destruidos o se perdieron hace ya mucho tiempo atrás. Por otro lado, algunos partidos desaparecieron a raíz de represalias y purgas. A veces, las agrupaciones resurgieron otra vez con líderes diferentes, como es el caso, por ejemplo, de los Partidos Comunistas de

<sup>2</sup> Entre los estudios más fructuosos del comunismo latinoamericano hecho por los marxistas soviéticos deberíamos destacar los trabajos de Adelaida Zorina, Vasili Ermolaev, Sergei Semenov, Boris Koval y Anatoli Shulgovsky que fueron publicados entre 1940 y 1980.

Paraguay, Guatemala y Bolivia, y la situación de la izquierda caribeña. Con frecuencia la nueva generación de militantes comunistas simplemente no sabía nada sobre la actividad previa de sus precursores. En la misma medida, los archivos gubernamentales y de policía latinoamericanos eran poco accesibles para la consulta pública, aunque este acceso hubiera dado la posibilidad de observar la historia de los partidos comunistas desde otros puntos de vista<sup>3</sup>.

El archivo de la IC constituye, por tanto, la base fundamental para el estudio del movimiento de izquierda tanto a escala continental como dentro del marco de determinados países. Este acervo documental permite estudiar estos temas no solo a partir de sus declaraciones políticas, programas, estructuras y cambios organizativos internos, sino también mediante la determinación del lugar que ocupaba en la realidad política y social de tal o cual país. Ante las secciones nacionales de la Comintern no se planteó en ningún momento la tarea de enviar copias de sus archivos para guardarlos en la sede moscovita de la organización. Por lo demás, esto hubiera sido imposible para la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, que durante largos años o incluso decenios se vieron obligados a actuar en condiciones de rigurosa clandestinidad. Es por esto que los archivos de Moscú resultan imprescindibles como fuente de investigación para los temas relacionados con la historia de la izquierda latinoamericana y caribeña.

Como custodio de la documentación de la Internacional Comunista, el archivo de la IC comenzó a formarse en los años 20 como archivo activo de servicio para atender las necesidades de la dirección de la institución. En dicho archivo se guardan principalmente los materiales estadísticos remitidos a la URSS desde el exterior por los partidos comunistas de otros países y las misiones diplomáticas soviéticas, así como documentos de la sección de cuadros del CEIC. Este archivo se engrosaba constantemente con informes y cartas de las secciones nacionales de la Tercera Internacional, la Internacional Comunista de la Juventud, la Internacional Sindical Roja y otras organizaciones afiliadas a la IC. Una gran parte del archivo la constituían materiales de los debates sostenidos sobre diversas cuestiones en el marco de los llamados grupos lingüísticos (a los que más tarde se pasaría a llamar *länder-secretariats* o secretariados regionales), las comisiones permanentes y provisionales encargadas de diversas cuestiones, el Secretariado Político, la Comisión Política y el Pequeño Buró (Presídium) del CEIC. Un tiempo después del colapso de la

<sup>3</sup> Una excepción es el *Libro Rojo*, la colección de documentos del partido comunista publicada por el gobierno venezolano ya en los años 1930.

URSS y del PCUS, las nuevas autoridades de la Federación Rusa abrieron los archivos para la investigación y fundaron el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI por sus siglas en ruso).

En lo fundamental, los materiales de RGASPI nos brindan la posibilidad de examinar cómo surgieron y se establecieron los vínculos orgánicos entre la Comintern y los partidos o grupos comunistas de Latinoamérica y el Caribe. Nos permite también investigar el carácter y el grado de influencia ejercida por la dirección de Moscú en la formación y el funcionamiento de los partidos comunistas de esta región. Presentan interés también los comunicados e informes de partidos comunistas sobre la situación que se daba en sus respectivos países. Estas comunicaciones informativas son a menudo inexactas y exageran la envergadura e implantación del movimiento de izquierda. No obstante, sin una lectura atenta de estas fuentes documentales es difícil hacer una valoración objetiva de las actividades desarrolladas por la izquierda latinoamericana en el período de 1920 a 1940. Los documentos de este archivo, además, permiten reconsiderar el papel que jugaron diplomáticos soviéticos en la evolución de la izquierda, el mecanismo de transformación de las decisiones del partido comunista mundial al ser llevadas a la práctica y el protagonismo de los «partidos hermanos mayores» (en el que actuaron, por ejemplo, el PC de México con respecto al de Cuba, y el PC de los EE. UU. con respecto a los de México, Cuba, Colombia, Venezuela y otros varios países).

«América Latina siempre se encontró al margen de la preocupación de la Internacional Comunista (IC)»; esta era, y hasta cierto punto sigue siendo, la tesis básica de varios estudios sobre la formación y el desarrollo del comunismo latinoamericano y sus enlaces con el partido comunista mundial. En su informe «La Lucha Económica y las Tareas de los Partidos Comunistas» para el X Pleno del CEIC en julio de 1929, Solomon Losovsky, un personaje clave en historia del obrerismo y el comunismo latinoamericano, subrayó también esta marginación del subcontinente por parte de la Comintern. El presidente de la Internacional Sindical Roja declaraba entonces: «He descubierto América Latina durante el X aniversario de la Revolución de Octubre (1927)» (Losovsky 1929, 681-741)<sup>4</sup>. Sin embargo, sería erróneo extrapolar la autocrítica implícita de Losovsky a toda la cúpula de la Comintern diciendo —como han señalado algunos historiadores reconocidos— que la Comintern no se interesó

<sup>4</sup> Véase los comentarios de S. Losovsky en su discurso para el Pleno de los comités ejecutivos de la Comintern en 1929, «Der ökonomische Kampf und die Aufgaben der Kommunistischen Parteien», publicado bajo el título de: *Protokoll des 10. Plenum des Exekutivkomitees der Komintern, Moskau 3. -19. Mí 1929*, 681-741.



seriamente por los asuntos de América Latina antes de 1928, y que nunca analizó ni comprendió los problemas del subcontinente (Alexander 1957 y 1967; Goldenberg 1971; Caballero 1978; Cerdas Cruz 1986). Por el contrario, según nuevas fuentes accesibles desde 1992, en particular los documentos que el aparato de la Comintern produjo sobre su trabajo político en torno a América Latina, parecen indicar que los órganos dirigentes de la Comintern se ocuparon desde el principio de la región.

Uno de los pioneros en las investigaciones sobre los mecanismos operacionales de la Tercera Internacional en el hemisferio occidental basadas en los materiales del archivo de la Comintern fue el académico alemán Jürgen Mothes. Antes de su muerte prematura, Mothes fue capaz de esbozar las direcciones básicas para el análisis de este aspecto de la historia cominternista en América Latina, y logró también entablar algunas conexiones entre colegas en varios países (Mothes y Meschkat 2010). Sus trabajos permitieron ver de forma innovadora los orígenes de las relaciones entre la Comintern y los partidos comunistas latinoamericanos y el mecanismo de interacción entre la plana mayor de la Tercera Internacional y sus secciones nacionales. Estos abrieron paso, también, a reconsiderar el papel y el lugar de algunas figuras claves en la historia del movimiento comunista de Latinoamérica, tales como J. Humbert-Droz, A. Ewert y J. C. Mariátegui. En esa misma dirección ha trabajado todos estos años el autor del presente prólogo, quien junto con Lazar Jeifets, ha realizado varias investigaciones en conjunto sobre estos temas.

Otro importante avance en el estudio de la historia de los partidos comunistas de Latinoamérica lo constituye el libro de William Waack (1993), en el que se levanta el velo de secreto que encubría el levantamiento de la Alianza Popular-Revolucionaria de Brasil conducido por el Caballero de la esperanza, L. C. Prestes, y la participación que tuvo la Tercera Internacional en la preparación de este movimiento. Inmediatamente después de la apertura de los archivos, Waack tuvo acceso a materiales que permitieron identificar el mecanismo de organización de la lucha armada, mostrar el papel que jugaron Prestes y los líderes del Partido Comunista de Brasil (PCB) en ese proceso y señalar las contradicciones existentes por aquel entonces en el seno de la Comintern y del partido respecto a la determinación de la estrategia y la táctica que debía aplicar el PCB.

Dentro de esta nueva ola de interés por los estudios de la historia del comunismo latinoamericano y sus relaciones con Moscú cabe destacar también aquí las obras de Ricardo Melgar Bao, Barry Carr, Horacio Crespo, Rina Ortiz, Hernán Camarero, Jussi Pakkasvirta, Gerardo Leibner, Daniel Kersffeld,

Dorothea Melcher, Klaus Meschkat, Olga Ulianova, Horacio Tarcus, Caridad Massón, Christine Hatzky, Irving Reynoso y otros muchos investigadores. Un equipo de científicos del Centro de Estudios Latinoamericanos del Instituto de Historia General de la Academia de las Ciencias Rusas editó la primera recopilación de documentos del archivo de la Comintern sobre la actividad del partido comunista mundial en la vertiente latinoamericana (Kalmykov, Ianchuk, Korableva, Larin y Jeifets 1998). Algunos de sus investigadores han publicado además interesantes trabajos basados en documentos de archivo para temas particulares (Kazakov 1996; Schelchikov 1995 y 1996; Ianchuk 1997, 2000 y 2005). Por otra parte, los estudiosos chilenos O. Ulianova y A. Riquelme Segovia (2005 y 2009) han organizado también varias recopilaciones de documentos relativos a la historia del Partido Comunista de Chile y sus relaciones con la Comintern y el Partido Comunista de la Unión Soviética. A su vez, las investigadoras mexicanas R. Ortiz Peralta y Daniela Spenser (2006; Spenser 2007) han preparado una recopilación de documentos sobre los primeros años de actividad del Partido Comunista mexicano. Klaus Meschkat y Jorge María Rojas (2009) publicaron también una obra voluminosa sobre el Partido Socialista Revolucionario de Colombia y su transformación bolchevique.

A pesar del volumen de investigaciones y publicaciones, esta clase de cooperación académica entre investigadores en el tema se limitó a una comunicación virtual durante un largo período de tiempo, debido a la falta de un espacio de reunión y debate para compartir y hablar de los logros y problemas de sus trabajos respectivos. El Congreso de la Federación Internacional de Estudios de América Latina y el Caribe celebrado en Moscú en junio de 2001, por primera vez reunió a un gran número de expertos en la historia del comunismo latinoamericano. Con motivo del simposio La Internacional Comunista y movimientos de izquierda latinoamericanos, coordinado por el Dr. Lazar Jeifets, los estudiosos de 14 países discutieron los resultados obtenidos durante sus investigaciones, así como las nuevas metodologías para el análisis de los documentos. El encuentro sirvió de base para establecer un intercambio continuo de información acerca de proyectos y publicaciones conjuntas. De hecho, así se inició la formación de una nueva red internacional de estudios cominternistas latinoamericanos. Uno de sus frutos ha sido la base de datos sobre los cuadros de la Tercera Internacional preparada por el colectivo de historiadores rusos y europeos organizado por la Universidad de Hannover.

A partir de estos intercambios, los investigadores de la red han organizado regularmente simposios y mesas redondas dentro de los congresos de

FIEALC y de los Congresos Internacionales de Americanistas en Roma, Santiago de Chile, México, Viena y San Salvador. En 2012, esta red unió sus esfuerzos con otra agrupación, la Red de Estudios de Izquierdas coordinada por Miguel Urrego, de la Universidad Nicolaita de Michoacán, lo cual hizo posible la organización de dos simposios durante el Congreso Internacional de Americanistas en Viena. Los materiales de dichos simposios acabaron de publicarse en Morelia, México (Jeifets, Jeifets y Urrego 2016). Un gran aporte al estudio del tema fue realizado en el II Foro Internacional «Rusia e Iberoamérica en el mundo globalizante: historia y perspectivas» (San Petersburgo, 2015), en los paneles y simposios sobre la historia de la izquierda latinoamericana. Estos contaron también con la asistencia activa de la Dra. Sandra Pujals, autora del libro que los lectores tienen en sus manos.

En la colección presente se esboza, como apunta la propia autora, «un cuadro local de la presencia soviética en la región» del Caribe, y se agregan, además, discusiones en torno a varios elementos organizativos e ideológicos que sirvieron de fundamento para construir un Caribe soviético. Según ella, este Caribe soviético más tarde «definiría parte del panorama político, social y cultural caribeño, tanto radical como liberal, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX». Estamos, también, en total acuerdo con la afirmación de la autora del presente libro sobre el papel desempeñado por el Buró del Caribe de la IC, formado en 1930.

Como bien demuestra la Dra. Pujals, con el establecimiento del Buró del Caribe como un nuevo cuerpo dirigente intermediario para la sede central del PC Mundial, los soviéticos «comenzaron a trazar nuevas latitudes políticas y geográficas para el movimiento comunista en la región caribeña». De hecho, se trataba de nuevos enfoques de desplegar las actividades comunistas en América Central, en Venezuela, Cuba, Colombia, Puerto Rico, la República Dominicana y las Indias Occidentales Británicas. El PC de los EE. UU. era gran protagonista de esa labor, junto con algunos líderes venezolanos y cubanos (y agregó yo, mexicanos) exiliados en Nueva York en ese momento. En sus actividades fueron ayudados por los emisarios de la Comintern y la ISR (Internacional Sindical Roja) enviados desde Moscú para supervisar los logros y desafíos ante la militancia comunista y sindical.

En algunos casos, las labores del Buró del Caribe de la IC cambiarían sustancialmente la imagen de la izquierda, al obligar a los militantes comunistas a perseguir una estrategia de frente único con otras fuerzas antiimperialistas. Así, explica en su artículo Pujals, en 1936 —durante el arresto de Pedro Albizu Campos por los agentes federales— los miembros del Partido

Nacionalista establecieron un Comité para lograr su libertad, en el que tanto líderes socialistas como comunistas tomaron parte activa. En ese aspecto, los comunistas cumplían de manera fiel la línea de la directriz establecida en el VII Congreso mundial de la Comintern de 1935, aunque en realidad, las bases para esa unión habían sido sentadas años antes gracias a las actividades de la Liga Antiimperialista y el Socorro Rojo Internacional en la zona.

La Dra. Pujals también se enfoca en el poco estudiado asunto de la participación en las actividades del Buró de Caribe de la Comintern de los militantes de varios países caribeños exiliados en Nueva York. Necesariamente, investiga el aumento de la agenda caribeña de la sede de la revolución mundial y la influencia cominternista en la izquierda de la región que contribuiría a finales de los cuarenta a los procesos políticos de descolonización. La Comintern, según demuestra la autora, sería una de las claves para la transnacionalización de las dimensiones nacionales de varios países del Caribe, al ofrecer al radicalismo y la cultura política progresista fundamentos culturales de internacionalismo comunista prosoviético años antes del triunfo de la revolución castrista en Cuba.

Incluso en los tiempos de su burocratización estalinista, la Comintern nunca fue solo un conjunto de estructuras, sino que integraba también ejemplos ilustres de la participación de varios personajes de origen, capacidades y experiencia variados. Los nombres, por ejemplo, del puertorriqueño Alberto E. Sánchez, los venezolanos Gustavo Machado, Ricardo Martínez, el cubano Rubén Martínez Villena y muchos otros aparecen en las páginas del presente volumen, enriqueciendo así la historia política del radicalismo transnacional. Fuera del contexto estrictamente socialista, el trabajo de Pujals recobra también aspectos de la historia de un incipiente Partido Nacionalista Puertorriqueño y su líder Pedro Albizu Campos, y la relación entre el movimiento nacionalista local y la Comintern.

Entre los personajes rescatados en la obra de Pujals, uno, sin embargo, merece un lugar especial. Es la historia de vida de James Sager (Jaime Nevares), un joven comunista estadounidense de origen judío quien, al llegar a Puerto Rico y al cambiar su identidad, se convirtió en uno de los fundadores de la primera agrupación comunista isleña, la Liga Comunista, y contribuyó a la creación de la Sección Puertorriqueña de la Liga Antiimperialista. Más tarde, Nevares-Sager se convertiría también en personaje clave en el proceso de transformación del Partido Socialista Revolucionario de Colombia al Partido Comunista colombiano, y seguiría militando en años posteriores en el Partido Comunista estadounidense. Durante décadas, su nombre y sus labores fueron

casi olvidados por los historiadores. No obstante, hoy día se presenta una brillante posibilidad de recuperar su trayectoria y conocer detalles verdaderos sobre las labores comunistas de Nevares-Sager. Este militante representa un ejemplo vivo de la formación y evolución de las conexiones e interconexiones transnacionales y transcaribeñas del comunismo internacional, entre las izquierdas nacionales puertorriqueñas, venezolanas y colombianas, así como entre estas y los radicales comunistas estadounidenses.

Todos los textos en el presente volumen cambian sustancialmente varios antiguos enfoques y perspectivas sobre la Comintern en América Latina y particularmente en el Caribe, y contribuyen nuevos datos a las discusiones en torno a la dinámica de «centro/periferia» entre el escenario cominternista internacional y el local. Ofrecen al lector, además, la oportunidad de conocer algunos detalles imprevistos en relación al control soviético sobre el radicalismo de izquierda latinoamericano, caribeño y puertorriqueño. Al mismo tiempo, permiten observar que la dinámica de control no era unilateral, y que los latinoamericanos tuvieron posibilidades de influir en la toma de decisiones supuestamente impuestas desde Moscú. Página tras página, al leer los artículos de la colección, nos adentramos en el interesantísimo y complejo mundo de la formación de una izquierda de nueva estirpe. De esa manera, el libro se convierte en un estudio clave de otro caso modelo de las actividades cominternistas en la región latinoamericana hasta hoy día poco investigado.

Dr. Víctor Jeifets  
Universidad Estatal de San Petersburgo